

## VARIA FORTUNA DEL CUENTO TRADICIONAL EN EL SIGLO DE ORO

*Donostia/San Sebastián, 26-III-1992*

*Maxime Chevalier*

El mismo título de esta ponencia plantea un problema: ¿será legítimo defender que viviera en efecto razonable cantidad de cuentos en la tradición oral del Siglo de Oro? Sabido es cuán arriesgadas resultan las afirmaciones en materia tan vidriosa y con cuánta cautela se van adelantando hipótesis sobre la vida tradicional de la lírica antigua. Pero tratándose del cuento, la respuesta no deja lugar a dudas. Se ha demostrado hace tiempo que los ingenios áureos, empezando por los más insignes, conocieron el cuento tradicional. Además un examen atento de los textos evidencia la circulación de unas fórmulas características de los cuentos orales, unas fórmulas que en ocasiones se han mantenido inalteradas a través de los siglos. Dejando aparte el conocidísimo “Erase que se era”, aduciré un ejemplo elocuente. Escribe Rodrigo Fernández de Ribera, en una novela impresa en 1631:

“Aténgome a las consejas de nuestros abuelos, con que sus viejas entreteñían el hogar mejor que con las castañas [...] y se contentaban con unos zapaticos de melcocha [...] y aun muchas veces se iban allá y nunca les daban nada” (1).

Refleja la frase dos fórmulas finales de cuentos:

1. “A mí no me dieron nada”, fórmula de las más frecuentes: véanse ejemplos en Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, CSIC, Madrid, 1946, núms. 99 (Zamora) y 110 (Cáceres), y en Julio Camarena Laucirica, *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real*, Instituto de Estudios Manchegos, 1984, núms. 83 y 115.

2. “Me dieron unos zapaticos de melcocha [que se me derritieron en el camino]”.

Estos zapatos frágiles también podían ser de papel en la tradición áurea, según documenta Correas:

---

(1) *El mesón del mundo*, Legasa, Madrid, 1979, p. 144.

**Eran de papel, y mojóse, y acabóse.**

Dicen esto al fin de un cuento. “Diéronme unos zapatitos de papel, y mojóse, y acabóse”.

(Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 615a) (2).

En la tradición oral de fines del siglo XIX y del siglo XX la prosaica manteca ha eliminado la superflua melcocha:

Y con esto y víneme y dejélos allá; diéronme unos zapatinos de mantega y derritiéronseme por el camino

(*Cuentos asturianos* recogidos de la tradición oral por Aurelio de Llano Roza de Ampudia, Delegación Provincial de Cultura, Oviedo, 1975<sup>2</sup>, p. 32).

Ya no vi más porque me había hecho mi padre unas albarcas de manteca, y como hacía mucho calor, se me deshacían y me quedaba descalza y me tuve que venir.

(Aurelio M. Espinosa, hijo, *Cuentos populares de Castilla y León*, CSIC, Madrid, 1987-1988, II, p. 23).

Me dieron unas alpargatillas de manteca, pa venime andando yo luego y, como hacía calor, pues se derritieron en el camino. Llegué aquí descarzo y to.

(Julio Camarena Laucirica, *Cuentos tradicionales... de Ciudad Real*, p. 279).

Y yo fui y volví, y sólo me dieron unos zapatos de manteca que se me derritieron en el camino

(Sergio Hernández de Soto, *Cuentos populares de Extremadura, Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas*, Sevilla-Madrid, 1883-1886, X, p. 116).

Hasta será posible formar lista de los cuentos que alcanzaron extensa difusión en la España de los Austrias. Esta lista incluiría:

1. Los cuentos estrechamente enlazados con refranes. Ejemplo:

Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 111b.

**El tocino del paraíso, para el casado, y no arrepiso.**

Fingen que hay un tocino colgado en el paraíso para los casados que no se arrepienten, y que está por empezar; con que dan a entender que no hay ningún casado que no se haya arrepentido una vez u otra.

---

(2) Cito el *Vocabulario de refranes* por la edición de Louis Combet (Bordeaux, 1967).

2. Los cuentos que documenta un conjunto de refranes. Ejemplo: Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 181.

### **La asnada de Gálvez.**

Llevaba siete asnos de recua, e iba caballero en uno; pasando por un lugar, porque alguno no se le perdiese, contólos, y no hallando más de seis, porque no contaba el en que iba, comenzó a preguntar por él, dando señas, hasta que los otros con risa le dijeron que iba caballero en él; y quedó por refrán “la asnada y bobería de Gálvez” en Aragón.

Para otras versiones del cuento véase mi colección de *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1983 (título abreviado en adelante como *Cuentos folklóricos*). Además de esta frase proverbial recoge otras cuatro el mismo Correas: “Ir caballero en el asno y andarle buscando” (p. 163b), “Las asnadas de Villena” (Como “Las asnadas de Gálvez”, comenta Correas, p. 210a), “Cavallero en el asno y andarle buscando” (p. 380a), “Llevar seis asnos y contar cinco” (p. 577b).

3. Los cuentos de variantes múltiples. Ejemplo: el olivar (el de Lope de Rueda), que puede convertirse en melonar (¿en qué precio se habrán de vender los melones del melonar que todavía está por plantar?), en viña (¿quién guardará la llave de la bodega donde se conservará el vino que ha de producir la viña que vamos a plantar?), en cabrito (a ver cómo cogemos el cabrito nacido de la cabra que aún no se ha comprado) (*Cuentos folklóricos*, núm. 148. Véase también núm. 149).

4. Los cuentos que únicamente aparecen en forma de alusión (véanse ejemplos en *Cuentos folklóricos*, núms. 120, 139 y 156).

Excusado será concretar que el trabajo de reconstrucción que propongo ha de desembocar en resultados forzosamente incompletos. De los cuentos maravillosos sólo nos llegan unos contados ecos, y en el caso de los jocosos funcionó algo como una autocensura. El maestro Correas, quien tantos materiales y tan valiosos proporciona a nuestras investigaciones, nos significa que no pone por escrito todos los relatos que conoce, ni mucho menos. Véase el cuento del meseguero:

### **Si eres menseguero, de noche acude al cencerro.**

Dícese este cuento: que un abad tenía amores con la mujer de un menseguero, y era concierto entre ellos que él saliese de noche a los trigos con un cencerro, con que sonaba como buey; en oyéndole, decía el menseguero a la mujer: “Corre, ve a echar aquel buey”. Tales cuentos fingen, y van a parar a los curas (3).

---

(3) *Vocabulario de refranes*, p. 276b.

¿Dónde están estos cuentos que zahieren a los clérigos? Alguno conocemos a través de unas versiones literarias en las cuales el pecador suele disfrazarse de sacristán (treta ingenua que no podía engañar a nadie), como ocurre en el entremés cervantino de *La cueva de Salamanca*; andamos sin duda muy lejos de conocerlos todos. Y lo mismo se puede afirmar de los “cuentos colorados” que mienta el mismo Correas (4) (son “los que tienen algo deshonesto”, aclara el *Vocabulario*) (5). El maestro Correas vive y trabaja en unas décadas en las que el sentido del decoro y el anhelo por la expresión honesta se van difundiendo en las capas cultas de la sociedad española; el maestro Correas no refiere todo lo que sabe, porque hay cosas que mejor están abandonadas a la oralidad que dadas a la imprenta. Por eso y porque nadie se cuida en aquel momento de formar una colección sistemática de relatos tradicionales, se nos escapa de manera irremediable parte de los cuentos que circularían entre el Pirineo y el Estrecho en tiempos de Cervantes. Hechas estas salvedades, es posible formar un acervo razonable de cuentos documentados en la España áurea. La colección que publiqué en 1983 incluía 258 cuentos. Tengo hoy reunidos unos 320. Estas cifras me inspiran unos sentimientos contradictorios. Cierta satisfacción, al recordar que mis predecesores habían reunido en total unos cincuenta. Evidente insatisfacción porque mucho más numerosos serían los cuentos que circularían en España hacia 1600.

Admitidas las limitaciones que acabo de apuntar, es legítimo esperar que se ha de enriquecer esta colección. Primero porque se enriquece espontáneamente: quiero decir que el progreso de las encuestas contemporáneas evidencia el carácter tradicional de varios cuentos apuntados en el Siglo de Oro y sugiere que los mismos pudieran tener vida tradicional en tiempos de Lope y de Cervantes. Además otras encuestas deberían acompañar la que he emprendido. Entre los varios caminos que se ofrecen a la investigación, no señalaré más que uno, que me sugiere una lectura reciente. Convendría explorar el terreno tan mal conocido de los sermones. Me mueve a desearlo un fragmento del *Diario* del estudiante Girolamo da Sommaia. Este hombre (porque es hombre y no muchacho) estudia en Salamanca a primeros años del siglo XVII. En su *Diario*, que fielmente refleja gran variedad de actividades, apunta en fecha del 17 de marzo de 1605 (escribiendo en la jerga italo-española que suele practicar):

“Undi predica nel Giesus della suocera di San Pedro, del Padre Fra Martín Cornejo” (6).

(4) *Vocabulario de refranes*, p. 702b.

(5) *Vocabulario de refranes*, *ibid.*

(6) *Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Girolamo da Sommaia (1603-1607)*. Acta Salmanticensia. Historia de la Universidad, 27. Universidad de Salamanca, 1977, p. 325.

¿Qué será esta historia de la suegra de San Pedro? No puede ser otra, a mi entender, que el cuento folklórico de *La madre de San Pedro*. Recordemos el cuento viejo, ingenuo y profundo, que siglos más tarde había de deslizar Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*:

La madre de San Pedro ha ido a parar al infierno, y ruega el santo a Nuestro Señor que le permita salvar a su madre de las penas eternas. El Señor le concede que alargue a su madre un puerro, para que, agarrándose de él, pueda salir de las calderas infernales. Cuando consigue la madre del santo asir del puerro, se agarran de sus piernas las almas vecinas, deseosas de aprovechar la ocasión. La mala vieja forcejea por sacudirse de encima las almas pecadoras: entonces se rompe el puerro. Desde aquel día sigue en las moradas infernales la madre de San Pedro.

Dejemos aparte el caso particular del sermón. Es posible reunir una colección de cuentos documentados en los textos de la época porque estos textos se escriben en un momento histórico en el que todos los hombres cultos, y no sólo los españoles, conocen la tradición oral del cuento. Los más insignes primero: Shakespeare, quien se refiere en varias comedias suyas (7) a otros tantos cuentos folklóricos; Montaigne, quien aludiendo a una versión tradicional de la historia de *Las grullas de Ibico*, concreta que “este cuento anda en boca de los niños” (8); Cervantes y Lope, según es bien sabido, pero también Luis de Góngora, quien recuerda “las dulces patrañas” del Rey que rabió (9), y a quien le hace eco un siglo más tarde La Fontaine: “Si *Peau d’âne* m’était conté, / J’y prendrais un plaisir extrême” (10). Genios aparte, los hombres cultos del siglo suelen demostrar razonable conocimiento de los cuentos: catedráticos como Hernán Núñez, Juan Lorenzo Palmireno, Juan de Mal Lara y Gonzalo Correas; médicos como Andrés Laguna, Alonso López Pinciano y Jerónimo de Alcalá Yáñez; frailes y beneficiados como Juan de Pineda, Sebastián de Covarrubias y Horozco, Juan Farfán, Juan de Robles; caballeros como Juan Boscán y Luis Zapata.

Se esperaría que los libros escritos por aquellos hombres nutridos de folklore reflejaran con una frecuencia por lo menos relativa los temas y formas tradicionales. La realidad es muy otra. Si exceptuamos unas obritas maestras —el cuento de la salchicha y la esquina convertido en episodio básico de *Lazarillo de Tormes*, el “cuento de amor” (simple variante de *La hija del diablo*) que sirve de cimientos a la novela del Capitán Cautivo, los dos cuentos tradicionales en que estriban los

(7) *Mucho ruido para nada*, I, 1; *Como gustéis*, I, 2; *Hamlet*, IV, 5; *Rey Lear*, III, 5.

(8) *Essais*, II, 5.

(9) *Letrillas*, “Clásicos Castalia”, núm. 101; “Andeme yo caliente” (letrilla núm. 24, fechada de 1581).

(10) *Fables*, VIII, 4 (este libro VIII se imprime en 1678).

entremeses cervantinos de *La cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*, así como unos fragmentos de la comedia lopesca—, observamos que el cuento tradicional inspiró esencialmente dos series de textos: entremeses de casados o de engaños y burlas, y dos “novelas picarescas” que son galerías de cuadros en las que los cuentos van configurando unos personajes o unos grupos (los trucos de estafadores en *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, la vida de los casados en *El donado hablador*). En total un conjunto que no brilla por la cantidad, y pocas veces brilla por la calidad. Entre la extensa difusión de los relatos folklóricos y su función en la literatura existe un desnivel manifiesto, un desnivel a primera vista paradójico. Y las cosas no han de parar allí. Porque después de 1630-1640 el cuento irá cediendo terreno en la literatura española, y, literatura aparte, irá retrocediendo a lo largo del siglo XVII en las sociedades europeas, en las cuales paulatinamente queda abandonado a los analfabetos y a los niños. ¿Cómo hemos de entender estos fenómenos?

Los estudios sobre cultura popular en la Europa de Antiguo Régimen nos proponen unos elementos de explicación. (La prudencia de esta fórmula no se ha de achacar a desprecio por unos trabajos que en ocasiones son excelentes, sino a cierta desconfianza hacia las interpretaciones totalizadoras que pretenden reunir bajo la misma cornisa hechos tan dispares como la lucha contra las supersticiones campesinas y la depuración del lenguaje cortesano). La tesis fundamental que defienden es la del divorcio que intervino entre cultura popular y cultura cortesana en fechas que pueden variar según los países, pero en regla general entre mediados del siglo XVI y fines del XVII. Tal divorcio cristalizó en dos fenómenos: en todas partes se definieron y progresaron unas formas de urbanidad que apartaron una sociedad escogida de la rudeza campesina, y se forjó una literatura cortesana cuyos heraldos despreciaban la cultura del pueblo y sus manifestaciones; en ciertas zonas se dio una ruptura lingüística, debida al que unas aristocracias adoptaron el idioma del poder político desechando el que seguían hablando los campesinos y más generalmente los humildes. Estas tesis, que analizan unas situaciones europeas, únicamente se aplican a la época del repliegue de las llamadas culturas populares. En el caso particular de España había surgido con anterioridad, fundada en la difusión del romance y el culto del refrán, la tesis del auge de la literatura tradicional que se hubiera producido en los siglos XV y XVI, una tesis que resume la conocida fórmula de Américo Castro sobre el Renacimiento como “dignificación de lo popular”. Tratándose de España, la Vulgata actual es: dignificación de lo popular con el Renacimiento, marginación de lo popular con el Barroco y el neoclasicismo.

Por lo que hace al cuento este análisis está pidiendo revisión. Incontrovertibles me parecen las consecuencias de los conceptos nuevos de urbanidad y sus adelantos. Se ha dedicado más atención a este

proceso en Francia que en España, a pesar de lo cual la identidad de anhelos y reacciones a ambos lados del Pirineo no deja lugar a dudas, según aclara la simple consulta del *Tesoro* de Covarrubias. En España lo mismo que en Francia los tratados de la urbanidad van propalando las buenas maneras, se define en forma siempre más exigente un hablar respetuoso de la corrección y la decencia, se insiste sobre un conjunto de conceptos-claves (decoro, discreción, elegancia, eufemismo, fineza, galantería) que dibujan nuevo arte de vivir y van delineando lo que aún no se llama, pero dentro de poco se ha de llamar, la distinción. En esta evolución los escritores acompañan a su público (o se adelantan a él) reservando los cuentos a los analfabetos: Alonso Quijano los abandona a Sancho, los galanes de la comedia los abandonan a los graciosos. Indudablemente esta evolución de una sociedad cortesana (¿urbana?) descalifica el cuento tradicional, sentido ya como trivial y grosero.

Tarea más delicada será la de valorar debidamente los efectos de la segregación lingüística. Convendrá sin duda matizar varias conclusiones de las que se han adelantado. En el Sureste de Francia, por ejemplo, un bilingüismo tenaz invalidó las consecuencias venenosas que pudiera ocasionar la adopción del francés por las élites cultas: los hombres y mujeres que hablaban el idioma del Norte seguían cantando y contando, en 1930 todavía, en occitano. En este terreno cualquier conclusión de alcance general sería atrevida y verosímilmente falsa; se impone un estudio de la cuestión según los áreas geográficas.

El concepto que parece difícil de admitir es el concepto de un entusiasmo renacentista por la cultura del pueblo y sus producciones. Tratándose del cuento por lo menos. Porque, si bien es verdad que el siglo XVII irá multiplicando las frases despectivas sobre el cuento tradicional, no menos cierto resulta que una fórmula tan corriente como "cuentos de viejas" es muy anterior. La manejan los renacentistas en la forma más natural, puesto que es sentencia de los maestros más venerados. *Aniles fabellae* "cuentos de viejas"—, dictamina Horacio al relatar el cuento del ratón de la ciudad y el del campo (11); *ineptas et aniles fabulas devita*—"evita los ineptos cuentos de viejas"—, pronuncia San Pablo (12); y Erasmo, maravillado por coincidencia tan elocuente entre sabiduría pagana y Escritura cristiana, contesta en eco *ridenda delirantium anicularum fabulamenta*—"cuentos ridículos de viejas delirantes" (13). Así se va fraguando el concepto comúnmente admitido y constantemente repetido por los hombres cultos del siglo áureo: "las patrañas que

(11) *Sátiras*, II, 6, 77-78.

(12) *A Timoteo*, I, 4, 7.

(13) *De pueris statim ac liberaliter instituendis*, *Opera omnia*, Amsterdam, 1971, p. 69.

cuentan las viejas a los niños" (Vives) (14), "las patrañas de las viejas" (Covarrubias) (15), los "cuentos de viejas" (Cervantes) (16), "cuentos de viejas" y "consejas de viejas" (Correas) (17), "cuentos que van heredando los niños de las viejas" (Gracián) (18). Fórmula tan repetida, y por ingenios tan reflexivos, no puede ser fórmula que surja por inadvertencia: corresponde en efecto a un concepto, concepto poco halagüeño, del cuento. Este concepto, ¿cómo lo hemos de entender?

Conviene ante todo advertir una realidad sencilla, conviene advertir una evidencia que, de puro deslumbrante, nos deja encandilados. Esta evidencia es que los literatos del Siglo de Oro no valoran el tesoro que llevan entre manos por no conocerlo. No saben lo que es un cuento tradicional: es concepto que no han forjado y que no podían forjar. Que hayan vivido aquellos relatos durante siglos es evidencia para nosotros, apoyados como lo estamos en la ciencia de los siglos XIX y XX; para ellos ninguna evidencia, sino realidad que se les escapa. Escuchar un cuento que ha atravesado los siglos transmitido de boca en boca por una cadena ininterrumpida de narradores desconocidos y anónimos es experiencia que despierta en nosotros honda emoción. Pero un hombre culto, un erudito, un escritor que escucha un relato tradicional hacia 1600 no experimenta esta emoción, ni la puede experimentar, porque ignora que lo que oye es cuento antiquísimo. Me objetarán que los cuentos tradicionales han dejado huellas en los textos de la antigüedad clásica. Es cierto que existen estas huellas, pero no las perciben los buenos ingenios de la España (la Europa) renacentista o barroca. Si supieran que el cuento del fino ladrón lo refiere Heródoto, "el padre de la historia", harían mucho mayor aprecio del cuento oral. Pero no lo saben. Si se dieran cuenta de que la historia de Jasón y Medea coincide con la historia de la hija del diablo... Pero no se dan cuenta. Si se enteraran de que los vascos, cuando se divierten con la hazaña del héroe astuto que escapa de los furios del monstruo por haberle contado que se llama Nadie, están repitiendo el viejo chiste de Ulises en la *Odisea*... Pero no se enteran. Si recordaran que el hombre lobo aparece en el *Satiricón*... Pero no lo recuerdan. Y si a uno de ellos se le ocurriera dibujar algún paralelismo de éstos, lo rechazaría indignado, por absurdo, a no ser que se le antoje sacrilego: porque ¿a quién se le ocurre equiparar unas consejas que cuentan las viejas con los textos debidos a los mejores ingenios de la venerada antigüedad? Así discurren los hombres cultos del Siglo de Oro. Para ellos los cuentos orales que habrán

(14) *Arte de hablar*, III, 5 (*Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1948, II, p. 790b).

(15) *Tesoro de la lengua castellana*, Turner, 1979, p. 994a.

(16) *Coloquio de los perros, Novelas ejemplares*, "Clásicos Castalia", núm. 122, p. 304.

(17) *Vocabulario de refranes*, p. 671b y 710b.

(18) *Agudeza y Arte de ingenio*, 56, "Clásicos Castalia", núm. 15, p. 200.



oído tantas veces y que perfectamente recuerdan son en efecto, como lo dicen, cuentos de viejas, y no pasan de ser cuentos de viejas. No tenemos derecho a reprocharles tal actitud. Disponemos nosotros de las adquisiciones de una tarea erudita secular, y ellos no. Estos hombres tienen, no lo olvidemos, conceptos muy confusos acerca de la historia de las culturas.

Obviamente los lectores aficionados a las bellas letras no saben más que los mejores ingenios. Tampoco ellos sospechan lo que es un cuento tradicional, tampoco ellos sienten respeto particular por esos relatos viejos. El cuento era mucho más frágil de lo que solemos imaginar. Acaso pudiera resistir la acometida de los cuentos novelados que tenían escritos Margarita de Navarra y Joan Timoneda. Pero el combate se hizo desigual cuando publicó Cervantes su colección de *Novelas ejemplares*. (Y después de Cervantes vinieron Lope, Castillo Solórzano y María de Zayas). Los lectores leyeron y compararon. No nos hagamos ilusiones: el cuento salió malparado de la comparación. Frente a unos relatos que se sitúan fuera del tiempo y en unos reinos que no están en el mapa, unas narraciones actualizadas, contemporáneas y ubicadas en ciudades de enorme prestigio histórico (Sevilla, Toledo, Zaragoza, Florencia, Nápoles, Roma); frente a unos relatos sencillos y de resortes monótonos por limitados, unas intrigas que sin el menor inconveniente se pueden complicar (dado que el lector distraído puede volver atrás en su lectura) y un repertorio inagotable de asuntos; frente a unas figuras estereotipadas y sin verdadera interioridad, unos personajes claramente individualizados y dibujados conforme al decoro vigente en el siglo; frente a unos diálogos escuetos, unas pláticas múltiples, una plurivocalidad, el habla de la pasión al uso, si se ofrecía, otras hablas si lo pedía el asunto (en la novela corta la plasticidad del tono se reveló ilimitada); frente a un arte narrativo de pobres recursos, los adornos retóricos y la prodigiosa riqueza estilística que saben desplegar los mejores escritores del siglo. Entre las élites la publicación de las *Novelas ejemplares* dobla a muerte por el cuento.

En la Europa barroca la novela corta derrota al cuento. Los que saben leer, disponen de razonables recursos económicos y gustan de bellas historias, compran y leen con ardor las colecciones de novelas cortas (elocuentemente lo dicen las cifras editoriales) que el desarrollo constante de la producción impresa pone a su alcance con creciente facilidad. Y abandonan el cuento. ¿Para qué escuchar cuentos de viejas, *contes de ma mère l'Oye*, cuando dispone uno de textos tan hermosos? En este terreno el público lector se adhirió espontáneamente a las tesis de los eruditos. Tal adhesión nada tenía de fatal: el siglo XVII es época en la que los mundanos no siempre acatan los preceptos de los doctos y no siempre echan por los caminos que señalan los eruditos. El desdén que sentían los "intelectuales" por el cuento pudiera ser dictamen

privativo de doctos, pudiera quedarse encerrado en la esfera de los pedantes. Pero dio la casualidad de que surgiera la novela corta, y la difundiera la imprenta. A consecuencias de esta coincidencia los lectores ratificaron el parecer de los eruditos. El cuento oral no sufrió persecución ni represión; fue abandonado, naturalmente, a los que no sabían leer: analfabetos, gente de pocas letras y niños.

Concluyo. El abandono del cuento tradicional por las capas cultas de la sociedad a lo largo del siglo XVII es fenómeno complejo. Confluyeron de manera fortuita varios elementos: un dato cultural antiguo (la ignorancia de lo que es el cuento), dos acontecimientos nuevos (el prurito de distinción y la creación de la novela corta), la importancia creciente de la imprenta, posiblemente en ciertas áreas una alteración de los usos lingüísticos. Estas conclusiones se podrán discutir. Pero, tratándose de la fortuna del cuento entre 1500 y 1700, se habrán de cuestionar unos conceptos que circulan con insistencia en nuestros estudios: dignificación de lo popular por el Renacimiento, marginación del cuento por el Barroco y represión de la cultura popular.